

El lagarto gigante de El Hierro tiene su historia



1. Descubrimiento y extinción

Luis F. López Jurado 

El lagarto gigante de El Hierro, *Gallotia simonyi*, es una especie que desde su descripción científica a finales del siglo XIX ha pasado por diferentes avatares. Primero se dio por extinguida, después se re-descubrió y posteriormente se desarrolló un ambicioso plan de recuperación. A nivel social la especie ha pasado por periodos sucesivos de popularidad a veces multitudinaria y de privacidad más absoluta. Al amparo de estas circunstancias y especialmente en las últimas décadas, la opinión pública ha elaborado complejas e intrincadas historias ligadas a la especie y más basadas en hechos supuestos que en la realidad.

Unas cosas y otras han hecho que la percepción pública sobre la especie se encuentre distorsionada las más de las veces en un sentido o en otro.

En los albores de la historia

Cuando a principios del primer milenio los romanos dominaban el mundo, el noroeste de Africa era tenido como el reino de Mauritania Tingitana y de Cesarea.

Reinaba allí el rey Juba II, amigo personal del emperador Augusto y hombre muy culto y amigo de los viajes y descubrimientos. En aquellos tiempos el comercio en el mundo romano no sobrepasaba más al sur de la zona que hoy es Rabat, a excepción de algunas exploraciones que ocasionalmente se efectuaban.

Los resultados de una de éstas fueron recogidos por Plinio citando al navegante Estacio Seboso y al propio Juba II. En ellos se nombran por orden de posición, unas islas de cada una de las cuales ofrecen pintorescas descripciones: «La primera llamada Ombrios, no ofrecía vestigio alguno de edificios, y sólo en la cima de sus montes se veían un estanque y árboles semejantes a la Férula. Se extrae de ellos un agua amarga al gusto para los negros y agradable para los blancos. Otra de las islas se llama Junonia....Viene después Capraria, llena de grandes lagartos...»

Ha habido después muchas interpretaciones sobre a qué isla pertenecía cada nombre. Tras el estudio de los numerosos datos que especialmente durante los últimos 100 años se han aportado, creemos como más verosímil la interpretación que hicieron Webb y Berthelot en 1845 sobre la identi-

cación de Capraria como la isla de El Hierro, tanto porque «los reptiles del género *Lacerta* se encuentran allí en gran número y sus dimensiones exceden en mucho a las de sus congéneres de Europa», como porque «nosotros añadiremos que ese nombre de Capraria, derivado sin duda del gran número de cabras que se encontró en esta isla, puede también servir de indicación, y que no sería extraño que se hubiese impuesto preferentemente a la isla de El Hierro donde estos animales estaban en gran número cuando los aventureros normandos invadieron el país en 1402.»

La llegada de los normandos

En efecto, en los últimos meses del año 1405, llega a la isla de El Hierro un francés de Normandía llamado Jean de Bethencourt. Este aventurero había llegado hacía cinco años a Lanzarote y ahora, con 75 años, va a dejar su última contribución a la historia natural de Canarias.

En efecto, son los capellanes y cronistas de Jean de Bethencourt, Pierre Bontier y Jean Le Verrier, los que primero refieren por escrito la existencia en la isla del Hierro de grandes lagartos: «Hay lagartos grandes como gatos, pero no hacen ningún daño y

son muy repugnantes de ver». Desembarcaron en la isla por la zona denominada en lengua bimbache «Tecorone», que para los cristianos se llamó desde entonces «Puerto de Naos» situada bajo el lugar que hoy recibe el nombre de «Hoya del Tecorón».

A juzgar por la abundancia de concheros y en general restos aborígenes bimbaches en esa zona de la isla, los habitantes debieron congregarse en buen número a la llegada de los franceses. Seguramente sería durante esos primeros días de estancia cuando algunos de ellos les presentarían a los capellanes franceses varios ejemplares de los grandes lagartos que por entonces vivían en muchos lugares de la isla y que sin duda constituían un apreciado manjar para los isleños.

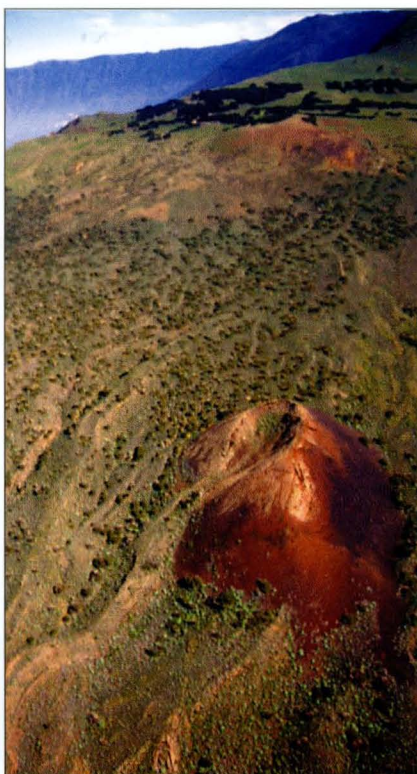
Por cierto que la utilización de animales silvestres para complementar las monótonas dietas de los aborígenes canarios fue una norma compartida en muchas de las islas. Así, en Lanzarote y Fuerteventura comieron foca monje, *Monachus monachus*, y ratones del malpaís, *Malpaisomys insularis*. En Gran Canaria y Tenerife, las ratas gigantes *Canariomys tamarani* y probablemente *Canariomys bravoii* respectivamente; y en La Palma y El Hierro (así como quizás en La Gomera y Tenerife), los lagartos gigantes *Gallotia goliath* y *G. simonyi*.

Para comprender mejor el papel que los animales domésticos jugaron en el proceso de casi total extinción del lagarto de El Hierro hay que tener en cuenta que este reptil es herbívoro. Su alimentación está compuesta fundamentalmente de materia vegetal.

De acuerdo con lo anterior, los primeros problemas que se le presentan a un lagarto herbívoro son los derivados de la competencia por el alimento. Esta competencia, en la época que estamos relatando, sólo podía venir de animales también herbívoros.

En este sentido, según dice Abreu y Galindo, autor de *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria* escrita a finales del siglo XVI, refiriéndose a la isla de El Hierro: «Los animales que se hallaron al tiempo de su conquista fueron cabras, ovejas y puercos»

De ese modo, a la predación directa por el hombre habría que añadir en el caso de El Hierro, la competencia de las cabras y ovejas por el alimento y la posible predación sobre los huevos de los lagartos por parte de los cerdos que los aborígenes mantenían en



El hábitat del lagarto

L.L.J.

la isla.

Así pues, los efectivos numéricos del lagarto gigante de El Hierro debían estar a la llegada de los franceses bastante mermaados, aunque aún serían relativamente fáciles de observar en lugares concretos.

En el año de 1418, los franceses, que habían conquistado las islas de Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y El Hierro, las vendieron al Condado de Niebla (Sevilla) y a partir de entonces comenzó la auténtica colonización de estas islas.

En 1444 se produce la llegada a Canarias de los primeros colonos, andaluces principalmente, junto a sus correspondientes animales de compañía (conejos y gatos entre otros) y a partir de ese momento se sucedieron los viajes de colonización tanto procedentes de la península como de la cercana costa africana.

Como consecuencia, las islas comenzaron a poblarse de fauna exótica y en El

Hierro, a las acciones predatoras y competidoras de las tres especies de animales domésticos que hasta entonces había estado sufriendo el lagarto, vino a sumarse la tremenda competencia del conejo y la nefasta y destructora acción depredadora de los gatos, entre otras.

Sea como fuere y en cualquier caso, la mención de los capellanes de Jean de Bethencourt se refiere sin duda al lagarto que vivía por aquel entonces en la isla de El Hierro y no al lagarto que mucho después se descubriría en el Roque Chico de Salmor.

Los últimos años

En el año 1779 el viajero Urusaustegui relata un viaje a la isla en el cual recoge interesantes observaciones sobre historia natural, destacando en especial su referencia al lagarto de Salmor: «Afianzan la verdad de este testimonio aquellos lagartos escamosos de una vara de largo, que todavía se encuentran en el Roque más pequeño del paraje, que en la isla del Hierro llaman Salmore, donde algunos pescadores se han visto bastante fatigados para defenderse de ellos, pues se les enroscaban en las fisgas de hierro, y con las colas las torcían; acaso son una especie de caimán».

El alemán Von Buch en 1825 afirma que se han extinguido, y algo después en 1842 el francés Sabin Berthelot recoge un dicho popular acerca de la afición a comer lagartos por parte de los habitantes de la isla, ya que «... su tamaño, similar al de las grandes iguanas americanas, los hace muy estimados».

Por último, en 1870 el alemán Von Fritsch parece haber visto aún algunos ejemplares: «En Canarias parecen vivir también otros reptiles. Se encuentra otro lagarto que se diferencia del común *Lacerta galloti* por movimientos menos veloces, color más azulado, anchura relativamente mayor, mayor tamaño y menor frecuencia de aparición que yo he visto en Hierro, Gomera y Gran Canaria». Desde ese momento y hasta poco antes de su redescubrimiento en 1975, no aparece ninguna otra referencia de primera mano sobre la existencia de este animal. Bien es cierto que muchos autores escribieron sobre el particular en este periodo de tiempo, pero también es cierto que en todos los casos se trató de copias e interpretaciones de los datos que previamente habían publicado los autores que acabamos de mencionar.